

# El sueño de la estética produce bodrios...

Mikel Zabaleta

Cuando uno recorre en su vehículo la geografía carpetovetónica y visita sus capitales de provincia, sus cabezas de partido judicial o incluso localidades más pequeñas no deja de asombrarse ante la profusión que se ha dado en los últimos años de pretendidos monumentos de difícil calificación en rotondas, plazas, polígonos industriales o, incluso, centros históricos. El que los observa por primera vez muchas veces no encuentra nada mejor que decir que un “¡Dios mío! ¿Qué es eso?” lleno de pasmo que, por la distracción momentánea que conlleva, llega a poner en riesgo la circulación en torno a estos cachivaches.

Sí que es cierto que tienen su utilidad. Sirven de referencia al sufrido conductor a la hora de orientarse entre tanta señalización y GPS pero raramente responden a otro objetivo que el de una conjunción de intereses entre el que puede ordenar ponerlos y el que los diseña, lleva a cabo o perpetra en última instancia. El primero quiere mostrar como sea una cierta pátina (falsa) de vanguardismo, dejar una huella de su paso por los estamentos regidores de su ciudad y que ésta sea como otras que ha visitado y no carezca de su correspondiente mamotreto “artístico-arquitectónico”. El segundo quiere... básicamente quiere ganar dinero y vender su obra –no siempre dotada de belleza e ingenio por las musas– y para ello convence al anterior de que le encargue su realización. Es tanta la proliferación de estos monumentos que hasta un periódico de estos nuevos de carácter “digital” (que no se editan en papel y solo se pueden leer por Internet) ha llegado a organizar entre sus lectores un concurso cuyo nombre –“Horros monumentales”– ya dice bastante y cuyo objetivo es, textualmente:

“buscamos el monumento más feo de España”. La navegación por sus páginas es, ciertamente, un verdadero descenso a los infiernos.

Por otro lado, también hay que hablar de lo que podríamos calificar como “la fiebre del Guggenheim”. Tras el éxito del singular museo de Bilbao se inició, por parte de múltiples consistorios, una loca carrera por tener algo similar. Capitales grandes y pequeñas querían tener su “Gehry” o “Calatrava” particular según sus posibilidades. Como sucede con la ropa, si no llegaba para el original se adquiría una copia más o menos lograda, instalándola donde hubiera suelo libre y sin pararse demasiado a pensar si estaba en consonancia o no con el entorno. Cada ciudad (¿o habría que decir mejor alcalde?) pugnaba por tener su propio Museo de Arte Contemporáneo, Palacio de Exposiciones



o similar costara lo que costara, hiciera falta o no, tuviera un rendimiento que justificara su gasto o no... Daba igual si para ello, como si de un nuevo rico se tratase, hubiera que gastarse lo que no se tenía.

Y el resultado no siempre era el de Bilbao, claro. No siempre eran edificios bellos arquitectónicamente hablando, o estaban contruidos en el entorno apropiado o eran funcionales. Pero eso sí, siempre eran "vanguardistas" producidos por unos arquitectos de nómina kilométrica que, como algunos cocineros, exageraban tanto la importancia del envoltorio que el paquete no tenía nada que ofrecer.

Y es que parece que era obligado cambiarlo todo porque nada parecía que fuera digno de guardar, a no ser que los asesores de turno así lo indicaran. Obras y más obras inundaron las ciudades hasta tal punto que en algunos casos, Madrid el más conocido de ellos, han llegado a ahogarlas y a dificultar la vida diaria de sus habitantes. En una sustitución de "la revolución permanente" de Trotsky por "la obra permanente", la palabra remozar quedó desterrada del lenguaje urbanístico. Que una plaza necesitaba un "lavado de cara", pues en vez de arreglarla, retocarla o adecentarla, se rediseñaba de nuevo. No se paraban a pensar que puede que estuviera bien como estaba y que bastaba con reponer (no cambiar totalmente) el pavimento o la iluminación, no, había que

rehacerla por completo... Si en los siglos anteriores se hubiera seguido esta filosofía consistente en cambiar la fisonomía de plazas, calles y avenidas cada diez años, no hubiera habido forma de que se conservara ninguna parte antigua porque no les hubiera dado tiempo de hacerse eso, precisamente, antiguas. ¿Qué hubiera sido de Roma, París o Viena en manos de responsables de este tipo?

Después de esta "visión de altura" hemos de detenernos irremediamente en nuestra maltratada Villa. Como estas líneas no pretenden ser meramente "criticonas" y decir que todo lo que se ha hecho sea malo, ni mucho menos, quiero empezar por lo bien hecho. Buena, no, espléndida me parece la labor de ampliación que se realizó de nuestra Casa Consistorial que, si no me equivoco, es el edificio construido para ese menester más antiguo de la provincia. Se optó por respetar la fachada del edificio colindante creándose un conjunto interior integrado, luminoso y práctico con el añadido de que se dejaba a la vista el lateral del Ayuntamiento, antes oculto por el inmueble vecino, creándose un amplio espacio de acogida a los visitantes. También me pareció muy acertado el no ceder a la tentación de alargar la fachada consistorial para que ocupara todo el frontal del nuevo Ayuntamiento.

No se puede decir lo mismo de actuaciones más recientes como la del edificio del Mercado, ejemplo para el que escribe de "intento de hacer un Kursaal adecuado a nuestras posibilidades". La colocación de esas placas a modo de revestimiento que, sin serlo, parecen de plástico y, además, en unos tonos verdes indefinibles e indescriptibles que no acierto a entender a qué gustos estéticos puede sujetarse. Sinceramente, me parece el más claro ejemplo local de que para ese viaje no necesitábamos esas alforjas. Sin tener nada, el edificio anterior me parecía mucho más digno y, sobre todo, discreto, que a veces es lo mejor que puede ser un edificio cuando no está llamado a fines demasiado elevados como es el caso.

Pero es que, a veces, parece ser que es necesario cambiar por cambiar.



El ejemplo local que más me recuerda esto es la pequeña plaza de Cipriano Fernández de Landa junto a las escuelas Biteri, conocida popularmente como “la plazoleta de Confort”. No acierto a recordar cuantas versiones de ella he conocido. Tengo la impresión de que la recientemente terminada es la tercera, por lo menos, o cuarta y aunque parezca difícil, la última siempre queda peor que la anterior. No es que tuviera ningún encanto especial ni nada que preservar o salvaguardar pero, ¿el hecho de que no sea monumental significa que hay que ensañarse con ella cada “equis” años? Al aire del Plan E de turno o, anteriormente, de fondos de la Unión Europea se ha, para mí innecesariamente, cambiado una y otra vez ésta y otras muchas zonas sin que se sepa muy bien si se piden esos dineros para arreglarlas (es un decir) o si se rehacen para gastar esos fondos...

Ahora llegaría el momento de comentar la que ha sido principal obra de restauración o, como la han definido sus promotores “obras de mejora” del primer edificio histórico-artístico (de los que no andamos además sobrados) de la Villa: la Parroquia. He de ser sincero, me ha llamado la atención, aunque no demasiado, la indiferencia de nuestros vecinos hacia ellas. No he oído ni grandes alabanzas ni grandes críticas por lo menos en lo que se refiere a las ideas anteriormente apuntadas. Lo más que he oído han sido reproches de sus usuarias más frecuentes hacia “lo resbaladizo que es el nuevo suelo cuando llueve” o loas de las mismas hacia la gran cantidad de luz que ahora hay, sin pararse a pensar en si ese interior debería estar tan iluminado o no.

La primera vez que pude ver las obras una vez terminadas no me gustaron nada y tuve la impresión de que la habían destrozado. El tiempo y nuevas visitas me han hecho reflexionar y suavizar esta primera impresión que ahora no es tan negativa, aunque sigue siendo crítica. Posiblemente, el hecho de que los diversos retablos, altares y demás conjuntos escultóricos no hubieran sido todavía terminados de restaurar y no estuvieran reinstalados haya tenido mucho que ver en ello. Y es que, cuando entré por primera vez tras su reapertura al público, no pude evitar un escalofrío ante aquellas paredes tan desnudas, tan claras, tan iluminadas en demasía... ante esas nuevas lámparas tan peligrosamente próximas al concepto IKEA de decoración, ante esas dobles puertas interiores tan poco acordes con el resto del edificio....

Mi opinión ciertamente se ha atemperado una vez se fueron instalando los tesoros escultóricos que contiene convenientemente y, esta vez sí, únicamente, restaurados. El estado del altar de la Coronación de la Virgen (la principal obra de arte

que se guarda en nuestra parroquia) y del encantador Sagrario de Ambrosio de Bengoechea era francamente lamentable y preocupante, y el resultado conseguido he de confesar que ha superado mis expectativas. Se puede decir que estas obras han vuelto “a la vida” de nuevo. Sus colores han revivido y su fuerza vuelve a ser cercana a la que indudablemente tuvieron cuando fueron realizados.

No entraré a discutir el objetivo principal buscado por estas obras y perseguido desde hace años: “la transformación del presbiterio rebajando su diferencia de altura respecto a las naves, para hacerlo más cercano, y a la reubicación de los principales polos de la celebración litúrgica allí emplazados, tales como el altar, el ambón y la sede presidencial”<sup>1</sup>. Las razones “litúrgicas” se han impuesto a las “histórico-artísticas” aunque, por lo visto, tengo entendido que han tenido que ceder bastante en sus iniciales pretensiones. He de reconocer que el resultado no es malo, o por lo menos mejor de lo que me temía durante los largos meses de encierro a cal y canto en que estuvieron las obras....

Eso sí, lo que menos me ha gustado –ornamentos *vanguardistoides* aparte– ha sido el cambio del suelo. Lo siento, ¿de verdad no se podía haber hecho de otra forma? Me parece demasiado brusco el cambio de las viejas y desgastadas losas y tarimas, con todo su encanto, al brillante mármol actual. Por lo visto era necesario instalar ese tipo de suelo para poder colocar por debajo el moderno sistema de calefacción pero, quizás, la brusquedad de la transformación podía haber sido menor. Y sobre todo no entiendo el porqué hacerlo de un color diferente al jaspe del presbiterio con el consiguiente salto cromático que se da en sus últimos escalones.

Ésta es mi opinión, con sus claroscuros, con respeto y con cierta pena porque lo que aplastantemente se ha mostrado es una abrumadora indiferencia. Y es que la parroquia no debería ser patrimonio solo de los católicos sino también del resto, de los laicos, agnósticos, ateos, indiferentes solo en lo religioso que creo debían haber mostrado su parecer, pues el patrimonio histórico-artístico es cosa de todos. Quizás después de estas líneas alguien se anime a contestarlas o a dar su visión sobre estos temas. Y es que ya lo dijo el Gran Timonel Mao Zedong: “que cien flores florezcan; que cien escuelas de pensamiento pugnen entre sí” ... aunque espero que no con el mismo resultado que tuvieron entonces para los que demos a conocer nuestro punto de vista.

1. Ver el artículo de Juan Ignacio Elizondo Kamio, “Obras de reforma en la Iglesia Parroquial de Santa María de la Asunción” en el número correspondiente a 2007 de *Oarso*, páginas 65-69.